

EL DR. CAEIRO DA MATTA, EMBAJADOR *de la* CULTURA PORTUGUESA

En la Universidad Central recibió la
investidura de doctor «Honoris Causa»

EL Ministro de Educación de Portugal, D. José Caeiro da Matta, catedrático de la Universidad de Lisboa, ha recibido la investidura de doctor «honoris causa» de la Universidad Central. El acto se celebró en el paraninfo de nuestro primer centro docente, exornado con profusión de macetas y reposteros. En el estrado presidencial tomó asiento el Ministro de Educación Nacional de España, Sr. Ibáñez Martín, quien tenía a su derecha al Ministro portugués, al Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Eijo, como presidente del Instituto de España, y a su izquierda, al Rector de la Universidad, D. Pío Zabala. Ocuparon asiento también en la presidencia los Decanos de las siete Facultades universitarias.

En los bancos de las tribunas se acomodaron los Ministros de Asuntos Exteriores, Gobernación, Justicia y Obras Públicas, el Embajador de Portugal, miembros del Cuerpo diplomático, Subsecretarios y Directores generales de diversos Departamentos ministeriales, miembros de las Reales Academias y el claustro universitario de las distintas Facultades y personalidades culturales. También asistió la Misión cultural portuguesa, presidida por el

doctor Leite Pinto, Vicepresidente del Instituto para Alta Cultura de Portugal.

El Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, doctor Castiella, pronunció breves palabras, en las que elogió la personalidad del nuevo graduado por la Central.

El Rector, D. Pío Zavala, hizo a continuación uso de la palabra, y puestos en pie todos los asistentes, confirió solemnemente el título gradual de doctor «honoris causa» en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas al Ministro portugués de Educación, a quien, entre los aplausos de la concurrencia, hizo entrega del birrete, la medalla, el libro, el anillo y los guantes, atributos del grado que se le confería.

DISCURSO DEL MINISTRO PORTUGUES DE EDUCACION

A continuación, el Dr. Caeiro da Matta pronunció en portugués el siguiente discurso :

«Lamento no poder expresarme en vuestra clara, enérgica y sonora lengua, y lamento también no poder imitar al príncipe de los poetas hispánicos —intérprete de la civilización peninsular ante el mundo— cuando decía : «Escuchad qué bien suena el habla castellana.»

Véome obligado a hablar, señoras y señores, en mi suave y dulce lengua portuguesa —la misma en que Alfonso X el Sabio escribía hace siete siglos sus inmortales *Cantigas*.

Quiero, en primer lugar, presentar mi más caluroso homenaje a España y a las excelsas virtudes de su Jefe, símbolo de la continuación histórica de la gran nación ibérica, de la que es imagen y síntesis viva, y en cuyas manos firmes se hallan, en estas horas de incertidumbre que el mundo vive, los destinos de su Patria.

Y me es grato asociar en un mismo y afectuoso homenaje los nombres de dos eminentes diplomáticos, los Embajadores D. Nicolás Franco y el catedrático Sr. Carneiro Pacheco, artífices de obra

tan meritoria y patriótica como es la de hacer invisibles, en el campo espiritual, las fronteras de los dos países hermanos.

Saludo cordialmente al insigne Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, brillante hombre de Estado y figura de verdadera magnificencia intelectual. «Tiene vucencia, señor Ministro, sobre sus hombros el peso de toda la gloriosa herencia intelectual de España; bien sabemos todos que nunca la defensa de esa herencia y la misión de modelar las almas fué confiada a un espíritu más alto, más noble y más culto.

Al preclaro Rector de la Univrsidad de Madrid, personalidad culminante en las más diversas esferas de la ciencia, y a los ilustres catedráticos aquí presentes deseo expresarles, al mismo tiempo que mi admiración, los sentimientos de fraternal solidaridad científica de las Universidades portuguesas.

Para todos mis nuevos colegas —colegas, por una ficción debida a vuestra generosidad—, entre los que me permito destacar el nombre del catedrático D. Fernando Castiella, prestigioso Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas y consagrado como hombre de ciencia y escritor; para todos ellos, digo, va especialmente la expresión de mi gratitud por tan grande amabilidad para conmigo, al admitirme en este solar de la ciencia hispánica. Hay un título que yo invoco por encima de cualquier otro: el título de universitario. Por eso, vuestra iniciativa me conmovió tan profundamente.

AFINIDADES MENTALES E INTERESES ECONÓMICOS

Al agradecer, con efusivo reconocimiento, el insigne honor que me ha sido concedido, que no cabe en mi persona, y que sólo mi país puede recibir dignamente —por lo cual íntegramente se lo transmito—, no dudo confesar que me veo invadido por la más viva emoción al encontrarme en estos momentos delante de tan ilustres personalidades. Y no intento disimular este sentimiento; él me domina siempre que piso esta tierra sagrada de España, en donde

algunos de mi sangre reposan hace mucho tiempo y para siempre —sombras que desfilan amorosamente ante mi espíritu—; esta tierra de heroísmo, de tan bella fisonomía histórica y de tan sugestiva fisonomía social y humana; tierra de líneas nobles y fuertes, como ya he dicho en otra ocasión, que, por su civismo varonil y por la solidez de su alma colectiva, tantas veces magníficamente afirmada, por el complejo de sus valores espirituales y por sus virtudes profundas, supo constituir una personalidad inconfundible, vigorosa y fecunda; aquella personalidad que asegura a los pueblos la libertad, porque los hace idóneos para ejercerla y merecedores de poseerla. La libertad, «el bien mayor de la espaciosa tierra», como expresivamente decía vuestro Lope de Vega.

Puedo asegurar que mi sentimiento es también el de todos mis compatriotas. ¿Cómo podría dejar de ser así, cuando nos ligan afinidades mentales e intereses económicos, el ideal cristiano de la vida y el sentimiento del honor nacional, el espíritu de sacrificio y la fe patriótica, que resiste a todas las tentativas de disolución y a todas las sugerencias derrotistas, y, hasta muchas veces, las mismas divergencias y las mismas rivalidades, que, tanto entre españoles como entre portugueses, no es raro que perturben la opinión y falseen los principios y los hechos? Puede ser diverso el idioma en que nos expresamos; el denominador común de las ideas es siempre el mismo. La tabla de valores morales es la misma; son los mismos el anhelo universalista, el amor profundo de las doctrinas, de las creaciones y de las obras de los dos pueblos.

Cuando, en un momento de la Historia, nuevas concepciones destruyeron el antiguo concepto del mundo, españoles y portugueses fueron muchas veces intérpretes de aquéllas y, a veces, sus creadores. La idea de «misión» en la moral política, que, según el genial Eugenio d'Ors, fué una de las invenciones que España aportó a la cultura, estuvo también presente en el espíritu de los portugueses del Renacimiento. «Hispani omnes sumus», como decía, hace cuatro siglos, el insigne humanista lusitano André de Rezende. Nuestro itinerario moral es el mismo; idéntica nuestra patria psíquica.

Vengo ante vosotros, en esta hora crepuscular y dolorosa, «terminus» de toda época histórica, en que una gran incógnita se ofrece a la ansiedad del mundo, en que una crisis como la Historia jamás conoció, conmueve los fundamentos de la civilización moderna, precisamente en el momento en que ella podría enorgullecerse, por sus descubrimientos científicos, de haber mudado el aspecto del mundo, transformado la vida de los hombres y conquistado el dominio de la Naturaleza.

Una ola de fuerzas oscuras se extiende por el mundo moderno, haciendo posible todos los equívocos y también todas las mixtificaciones. Se diría que el hombre de hoy piensa más en perturbar que en conocer, en combatir más que en construir. Es casi general la enfermedad de las doctrinas y de los sentimientos exagerados. El esfuerzo de más de veinte siglos realizado por el mundo occidental para edificar un alto humanismo político parece comprometido, y si en el nuevo orden de cosas que, emergiendo del suelo desolado de la guerra, entre los escombros de estructuras políticosociales envejecidas, no se injerta una filosofía moral profunda que promueva el sacrificio en aras del bien común, nuestra civilización seguirá la suerte de aquellas que, desprovistas de sólidos fundamentos morales, se encuentran en el fardo muerto de la Historia.

Existe actualmente un mal mucho más serio que todos los conflictos diplomáticos, por graves que éstos puedan ser: es el espíritu de la guerra, que, después de haber hecho florecer el valor bajo las más bellas formas, continúa fascinando al mundo. Estamos en medio de una tregua, cuando sería necesario que nos encontráramos en un estado pacífico, de abundantes y provechosos frutos.

Hay, sin duda, un evidente antagonismo de intereses entre muchos Estados, pero que no alcanzaría el carácter agudo actual si las almas no se hubieran precipitado en el vacío inmenso que la guerra dejó. Socialmente, políticamente, espiritualmente, hay un abismo entre algunos de los Estados vencedores de la guerra, si es que fuera posible decir que hay naciones vencedoras cuando se ganan victorias sacrificando ciertos principios.

Pasados pocos meses desde el fin de la mayor de todas las guerras —la primera que existió en el mundo bajo el signo del aniquilamiento—, no es difícil ver el fin de la gran ilusión de la paz.

LA GUERRA, CONSTANTE HISTORICA

Tendremos acaso que contentarnos con la idea de que la guerra es constante histórica (¿no nos dice Aristófanes, el primer gran pacifista doctrinario que el mundo conoció, que en la tragedia humana la paz no fué nunca sino un entreacto?). Sería de lamentar que tuviésemos que renunciar a la organización mundial de la paz, regresando al sistema clásico de las alianzas fundadas en círculos estrechos de intereses. La seguridad colectiva, frágil barrera opuesta a la codicia de los Estados, erigida en concepto abstracto, diluída en vagas generalizaciones, reducida entonces a muy poco, se derrumbó en 1938 en Munich. La Conferencia de París de hace algunas semanas mostró claramente la dificultad de restaurarla.

Hombres y Estados supervivientes de la guerra, muchos de ellos incapaces de forjar por sí su propio destino, procuran encontrar vanamente en las ruinas alguna cosa que les sirva de esperanza. Una infelicidad sin ejemplo cae sobre el genio del hombre. Quebróse una cadena, perdióse el equilibrio. ¿En dónde está aquella sociedad de los espíritus de que hablaba Paul Valéry? Y, sin embargo, nunca las naciones tuvieron mayor receptividad para los ideales de justicia social y de perfeccionamiento técnico que en estos días, de tan acentuada debilidad. A pesar de que lo que se presenta ante nuestra vista es profundamente inquietante, no queremos posponer el derecho al interés, sobreponer ideologías peligrosas o prejuicios anticuados a irrefragables principios de humana justicia, ni hacer del ideal de la civilización objeto de transacción entre los Estados. No se quiera destruir, en el fondo de las almas, ni en el género de vida de los pueblos, aquellos principios insustituibles, sin los cuales el hombre pierde aquella parte de la divina sustan-

cia que le fué comunicada y las naciones se abisman en la desolación y en la ruina.

Tenemos ante nosotros un problema vital: del acuerdo de las grandes potencias depende la resolución de este problema y la paz. Es decir, la vida del mundo.

España y Portugal, países a los cuales milagrosamente no llegó la cólera de los dioses, guiados por dos Jefes, verdaderos creyentes de la Patria, que supieron encarnar con maestría inigualable las aspiraciones de sus pueblos, continúan firmemente su camino. Naciones conscientes de sus destinos, nacidas para vivir con la cabeza erguida ante el sol de la Historia, no fué dentro de sus fronteras donde los juristas idearan teorías para identificar la fuerza con el derecho, para exaltar el espíritu de raza o para justificar la expansión de un pueblo.

Nosotros no fuimos nunca los servidores de un poder deificado; no confundimos nunca la ley impuesta por la justicia con el orden dimanado del poder, ni hemos pretendido en ningún instante hacer de la violencia la manifestación legítima de la fuerza política. Por el contrario, hemos caminado durante siglos con la misión de divulgar por el mundo las reglas sagradas y eternas de la solidaridad humana.

En esta Península —tan pródiga en espíritus superiores, que supo ver siempre que los límites geográficos de los Estados no pueden ser los límites del espíritu— viene de antiguo la cruzada de confraternización científica. Viene de la época, ya lejana, en que profesores portugueses explicaban en las cátedras de Salamanca, y profesores españoles enseñaban en las cátedras del antiguo «Estado General», de Coimbra; en que poetas y prosistas se expresaban con la misma facilidad en portugués que en castellano. Es fácil comprobarlo al recorrer la galería de los grandes nombres hispánicos —cito aquí sólo tres o cuatro de ellos—, desde el más amado de los santos portugueses —San Antonio de Lisboa—, que se consideraba hispánico, hasta el Papa portugués Juan XXI, el famoso «*Petrus Hispanus*», como él propio se apellidaba, pasando por Amatus Lusitano, notable figura del Renacimiento en el campo de las cien-

cias médicas, que también se titulaba hispano; por Fray Luis de Granada, clásico en las dos lenguas; por aquel gigante del espíritu que fué el Padre Luis de Molina, profesor de Teología en la Universidad portuguesa de Evora; por Francisco Suárez, el gran escolástico de España y uno de los fundadores del Derecho internacional, cuyas lecciones fueron seguidas ávidamente durante largo tiempo en el Colegio das Artes, de Coimbra. ¡Y quedan sin nombrar la enorme y brillante legión de sabios y artistas, de teólogos, de médicos y de jurisconsultos que la Península nos ofrece desde la época del 500, tantos nombres que pertenecen a la historia del pensamiento humano! ¡Cuántas veces, en su larga, tumultuosa y ardiente historia, se hermanan y se confunden las tendencias literarias y científicas de españoles y portugueses! ¿Cuántas obras eternas brotaron del genio peninsular y encontraron en la vena de oro de las lenguas castellana y portuguesa su expresión inmortal?

Mucho influyó en Portugal el espíritu de España, que tan liberal fué para con nosotros, enseñándonos y, tantas veces, cantando los héroes y las bellezas de nuestra tierra; mas también será justo decir que a España pagamos nuestro tributo de hombres y de glorias. Sería hasta un acto de inteligente patriotismo demostrar hasta qué punto se ha hecho mutuamente sentir la influencia civilizadora de las dos nacionalidades peninsulares, mostrando la parte con que cada una ha contribuído para afirmar la exuberancia vital de la raza ibérica.

COMUNION ESPIRITUAL DE LA PENINSULA

Reavivemos la gloriosa tradición de la comunión espiritual de la Península. Aquel sentimiento de continuidad, que forma el lazo espiritual de las generaciones (y que, de uno a otro polo, parece haber sido arrasado por la tempestad que devastó el universo), no se perdió entre nosotros los peninsulares.

Y ahora, en esta nuestra Europa, disminuída en sus valores po-

líticos y herida en su prestigio cuando tantos peligros amenazan la autonomía de la vida del espíritu; ahora que, en la agonía de un mundo, la nueva generación vive desamparada y como emigrada en el tiempo, la juventud tiene necesidad de aprender, en centros científicos como éste, las lecciones de prudencia, de equilibrio, de orden, de disciplina y de continuidad de esfuerzo, que parecen haber sido enteramente olvidadas.

Es a las Universidades —cuya función fué tan admirablemente definida por ese príncipe de las letras, el glorioso Ortega y Gasset— (donde mejor se puede aprender el espíritu completo y siempre vivo de la ciencia) a quienes incumbe la alta misión de definir las rutas ideales de cada época, determinando los principios que, puestos en práctica, llegan a producir los tipos progresivos de cultura y de vida del hombre civilizado. Más que nunca en esta época, que sufre la sombría dolencia de todas las incertidumbres morales, es en la cultura a donde hay que ir a buscar refugio y apoyo.

¿Debemos acaso perder la esperanza de una «internacional del espíritu», tal como la conoció la Edad Media, cuando un alemán como Alberto el Grande estudiaba en Bolonia y era profesor en París? ¿O cuando Martín de Azpilcueta, que estudió Artes y Filosofía en Alcalá de Henares y Cánones y Derecho en Toulouse, después de haber sido catedrático de prima en Salamanca fué famoso profesor de Teología en Coimbra, y más tarde pasó a Roma? ¿O cuando un portugués como Aires Barbosa, discípulo en Florencia del célebre humanista Policiano, enseñaba en Salamanca e introducía el helenismo en España? ¿O cuando los portugueses Gouveias, dinastía de sabios, después de haber sido maestros de Ignacio de Loyola y de Francisco Xavier, astros de la hagiología española, iban a enseñar en la Universidad de Toulouse o en el Colegio de Santa Bárbara, en París, en donde uno de ellos fué maestro de Rabelais y de Montaigne? ¡Y tantos y tantos otros!

Es verdad que el espectáculo actual del mundo —miseria, dolor, sacrificios, odios, sobre todos odios— perturba de tal manera la conciencia colectiva, que se diría inevitable la preterición de los intereses puramente intelectuales. No es menos cierto que en los

momentos de crisis nacional o internacional no se encuentra ambiente propicio para ciertas formas de la vida del espíritu. ¡Hay que luchar! ¿No decía vuestro Calderón que solamente el espíritu es el que da forma a las cosas y valor a la vida? ¿Y no dijeron también dos extraordinarias figuras —Nietzsche, un filósofo historiador, y Renán, un historiador que fué también filósofo— que en los períodos de tempestad, bastante más que en las horas de calma, debemos procurar afirmar las fuerzas del espíritu?

A esta gloriosa Universidad de Madrid, centro admirable de cultura y de irradiación, de donde salieron muchas de las altas figuras que en el mundo intelectual y político tanto contribuyeron para formar la grandeza de España, a mi nueva Facultad, esta prestigiosa y floreciente Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, magnífica ciudad obrera de la ciencia, a todas las instituciones como ésta les está reservada la misión de contribuir a la reconstrucción de todo un patrimonio de valores espirituales, esforzándose para que, por el culto de la ciencia, sea atenuado el conflicto de las generaciones, que es una de las más acusadas características de nuestro tiempo.

Sólo la ciencia podrá contribuir a la disminución del sufrimiento humano, a compensar nuestra ingénita debilidad, a elevar el nivel de vida, dolorosamente bajo, de la inmensa mayoría de los humanos, haciendo que éstos puedan luchar contra las fuerzas de la Naturaleza, en lugar de luchar contra la Humanidad; ella solamente tendrá la suficiente fuerza para conseguir la síntesis del corazón y de la razón en ese adolescente que es todavía el hombre de hoy. Solamente ella podrá realizar la obra de renovación moral, de aproximación pacífica y de solidaridad de los pueblos, obra ésta que los espíritus más nobles sienten, hoy más que nunca, como una necesidad suprema.

Quiero terminar, como comencé, saludando a España, saludando la tierra española, su genio, su carácter, su arte, su heroísmo, su fe; esta España, que recibió del Creador tres almas que, al entrenchocarse, se compenetran, fundiéndose en el crisol de la Historia: un alma de soldado, un alma de pensador, un alma de cre-

yente. Y así se produjo esta materia —al mismo tiempo fuerte y dúctil—, este plasma generoso, cristiano y heroico, con el que el pueblo español esculpió sus gloriosos destinos.»

Al terminar su bellissimo discurso, el doctor Caeiro da Matta escuchó nutridos y prolongados aplausos.

DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL

A continuación el Ministro de Educación Nacional, D. José Ibáñez Martín, pronunció el siguiente discurso :

«En el viejo marco de este paraninfo, durante largos años de su historia, se ha asomado en reiteradas ocasiones una muestra de nuestra vida universitaria o un símbolo importante de nuestro mundo intelectual. Mas nunca, como ahora, se ha dado aquí la coincidencia felicísima de que la voz de estos dos pueblos peninsulares, cargados de tradición gloriosa, que son Portugal y España, resonase en este recinto, despertando en él los ecos de sus mejores glorias, como dándonos a entender que estas palabras de hoy nos están diciendo una sabia lección, cantada por los siglos, por la que, una vez más en la historia del mundo, Portugal y España, países soberanos, señores de su propio destino, se saben, como depositarios de una cultura occidental, actores decisivos de esta hora difícil que vive angustiadamente el mundo.

Portugal y España confluyen hoy aquí, en el paraninfo de una Universidad, coincidentes en una misma inquietud, dispuestos a conquistar la grandeza y la gloria de sus propios pueblos con las únicas armas a las que el transcurso del tiempo da, en vez de herumbre, el brío y esplendor de la gloria; las armas invencibles del espíritu, por las que, ciertamente, no se conquistan imperios territoriales por la violencia, pero por las que se logran imperios a la inteligencia y a la cultura por el ejercicio generoso y cristiano de la abnegación y del amor.

Con profética y admirable inspiración dijo hace no mucho tiem-

po el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, que hora era ya de que los pueblos pensasen más que en su propio desarme material en el rearme de sus propios valores espirituales. Por eso, Portugal y España están aquí presentando ante el mundo las armas de su pensamiento y de su cultura, en el occidente de esta Europa dolorida, como vigías incansables de una espiritualidad que no puede, que no queremos nosotros que pueda nunca perecer.

Como depositarios de esa civilización milenaria, nuestros dos pueblos peninsulares se han instituido, con su vida ejemplar, en debeladores de aquel viejo mito de la decadencia de Occidente. Con el ejemplo de nuestra abnegada y difícil neutralidad, Portugal y España han cumplido el arriesgado papel histórico de erigirse en defensores de aquellos valores permanentes de la sociedad cristiana, que la guerra mundial ponía, con su inevitable crisis, en trance de derrumbamiento. Entre el paisaje desolador de la ruina física y espiritual de los pueblos, esta Península Ibérica, bastión de Occidente, columna milenaria de la civilización europea y trinchera de la Virgen, como la definió con frase poética un ilustre escritor contemporáneo, supo dar frente al confusionismo universal el ejemplo sereno de su vinculación a la norma clásica, incommovible y salvadora de la doctrina y de la moral católicas. Que no sólo se salvan los pueblos por su entrega denodada, y a veces heroica, a la empresa de la cultura. Sino que es preciso que ese pensamiento científico que se elabora y se recrea como una levadura espiritual, constantemente renovada, tenga hacia arriba la justificación de un orden trascendente y metafísico con quien enlazar en último término el eslabón superior de la interminable cadena de los conocimientos humanos, y hacia abajo, la realización de ese sentido de vida cristiana, que es, en fin de cuentas, lo que justifica de manera sobrenatural las amarguras, las alegrías, los afanes y las ilusiones que llenan el anónimo quehacer cotidiano de los pueblos y de los hombres.

El Estado se concibe así como misión, como empresa de orden trascendente, que necesita de los supuestos indispensables del orden y la paz para realizar la auténtica política de raíz verdaderamente

crisiana. Sólo así el trabajo de la inteligencia se justifica en una doble dimensión: buscando para ella una última razón teológica superior y dándola a la vez una final consecuencia de orden práctico en la realidad del comercio humano y civil entre los hombres. De este modo el profundo sentir espiritual que espolea la obra del pensamiento llega después a todos los ámbitos de la vida y puede alcanzar, en el orden total de la actividad del Estado, esa línea de constante cultural que, por la merced de Dios, es característica propia de la vida y la historia de estos dos pueblos peninsulares hermanos.

Venturosamente para nosotros, estos años de lucha y dificultades del mundo han tenido la virtud de que Portugal y España, en el camino del servicio a la cultura, cubran etapas de idéntico fervor en el transcurso de sendas rutas soberanas e independientes, pero gozosamente paralelas. Sólo así el principio eterno de solidaridad entre los pueblos deja de ser tópico de invocación acomodaticia, cuando a su amparo intentan cometerse ultrajes incalificables a la dignidad e independencia de las naciones. Por eso, en esta paz peninsular, que tanto duele a algunos, el acto de hoy representa, simbólicamente, cómo la Universidad portuguesa, a través de tres nombres de evocador abolengo universitario, Coimbra, Oporto y Lisboa, se encuentra con la vieja Universidad española, representada por la Cisneriana de Alcalá de Henares en esta Universidad de Madrid, que hoy recibe de Portugal al más ilustre de sus embajadores culturales, al insigne doctor Caeiro da Matta, rector admirable del pensamiento científico de su país, fiel intérprete y colaborador de la política del nuevo Estado portugués que encarnan de manera ejemplar la venerable figura del General Carmona en la Presidencia de la República y ese símbolo de sabia prudencia política que es el profesor Salazar al frente de las tareas del Gobierno. Por eso hoy importa señalar aquí que este acto, de trascendencia extraordinaria en este momento histórico del mundo, marca el camino ascendente de las relaciones hispanoportuguesas en una línea cuyo punto cenital, aún no alcanzado, se está muy próximo de lograr. Es cierto que quedó sellada aquella forma de colabora-

ción eficaz enlazando el Instituto de Alta Cultura Portugués con nuestro Consejo Superior de Investigaciones Científicas, cuya ley fundamental cumplió ayer precisamente el séptimo aniversario de su proclamación por el Jefe del Estado español.

De este auténtico entendimiento y sereno espíritu de colaboración entre nuestros dos pueblos podemos, sin ningún esfuerzo, encontrar ejemplos palpitantes y concretos en la zona de las diversas ramas de la investigación o de la enseñanza, manifestados recientemente por la presencia de ilustres rectores de las Universidades portuguesas en el último y más trascendental certamen de la ciencia española, así como en el campo vastísimo de las bellas artes o en el de la política del libro, culminada ésta en la Exposición del Libro Español celebrada en Lisboa, en la que toda nuestra obra bibliográfica de más de un lustro fué enviada a la capital portuguesa como mensaje sincero y cordial de nuestro espíritu de paz. Mas si ello fuera poco, viene el acto de hoy a culminar en esta solemne conmemoración universitaria la serie de afirmaciones reiteradas que Portugal y España vienen proclamando a través del tiempo de su sentido de colaboración peninsular. Una vez más hoy España y Portugal, que como astros de luz propia recorren órbitas singulares en el espacio sideral de la Historia, coinciden plenamente, igual que siempre coincidieron en los momentos más trascendentales de su vida política, como en aquellos tiempos en que en España reinaba Carlos V y en Portugal Manuel *el Afortunado* o Don Juan III, y ambos pueblos, fuertes y seguros, se contemplaban sin recelo y cooperaban a la empresa de un mismo ideal peninsular; los tiempos admirables en que en la Corte de Lisboa resonaban los versos en lengua castellana de Gil Vicente y Luis de Camoens y en la Corte de Madrid se recitaban con dulce acento portugués las estrofas inmortales del autor de *Os Lusíadas*.

Sólo cuando España y Portugal se han contemplado con esta noble mirada de comprensión recíproca hacia sus singulares fisonomías históricas es cuando, por encima de las diferencias y características que distinguen a todos los pueblos, surge siempre una razón superior de entendimiento, una voluntad leal y auténtica de cola-

boración. No en balde pudo nuestro Lope de Vega poner en boca de uno de sus personajes, en *La Dorotea*, estas palabras, que simbolizan para mí la estimación española de la limpia e hidalga sencillez de nuestro pueblo fraterno. Porque cuando Lope decía: «Tengo los ojos niños y el alma portuguesa», daba a entender que esa cualidad admirable de la ternura, expresión de la delicadeza del alma, puede ser atributo incomparable por el que entre todos los del mundo pueda ser distinguido galanamente un pueblo de tanta finura espiritual como el pueblo portugués.

En estos tiempos, donde el sentido humano de la vida está a punto de perderse y la era del maquinismo parece traducirse en una triste y desdichada mecanización para la vida del hombre, es grato al ánimo volver los ojos y descubrir por encima de las fronteras que hay junto al nuestro un pueblo como Portugal, que aún sabe dar al mundo lecciones de delicada cortesanía y de hidalga y noble caballeridad.

Si nuestros libros fueron en Lisboa, hace poco, mensajeros de paz, la presencia aquí del doctor Caeiro da Matta, Ministro de Educación de Portugal, es símbolo de la altura intelectual de un país y del espíritu de orden y de trabajo con que la Península vive estas horas de inquietud internacional. Con razón se ha dicho que es el sosiego motivo principal para el florecimiento científico de los pueblos. Portugal y España, celosos del sosiego de sus laboratorios, de la paz de sus seminarios, del orden de sus aulas, del silencio fecundo de sus bibliotecas, trabajan sin descanso, tenazmente, en todos los órdenes de la actividad de la inteligencia, desde la más pura creación literaria o artística hasta las cumbres de la investigación experimental; y todo ello con la voluntad puesta fervorosa y esperanzadamente en la noble aspiración de progreso y de mejora nacionales al servicio de sus respectivos destinos históricos.

Más allá de este ordenado baluarte de la cultura, los hombres y los pueblos, abierta aún la llaga terrible de la guerra, buscan con delirante vanidad de demiurgos el resorte prodigioso que les descubra el camino de la felicidad. Al margen de esa fe ridícula en

imposibles panaceas internacionales, aquí, en un rincón occidental de Europa, dos pueblos de vieja historia ecuménica e imperial, sin otra ambición que la de afirmar pacíficamente, por los caminos de la inteligencia, los postulados de su soberanía y de su integridad, dan al mundo, con el ejemplo de su fe en la cultura, la gran lección de que el bienestar de los pueblos no puede buscarse por los caminos de la soberbia o del poderío, sino por las rutas de la paz, que es por donde el hombre se acerca más a Dios.»